

El explorador de las palabras¹

En 1949, egresados del Fermín Toro, José Francisco Sucre y yo nos inscribíamos en la UCV por partida doble: él en Derecho y Filosofía y Letras, yo en esta escuela y en la de Economía. Ya Rosenblat había fundado el Instituto de Filología e impartía esta materia en la vieja universidad de San Francisco. Recuerdo su primera clase. Versó sobre *El burgués gentilhomme*, comedia con bailables, de Moliere, y tomó como ejemplo la docta explicación que el profesor de filosofía le daba al señor Jourdain para que entendiera varios conceptos, entre ellos el de “prosa”, punto en el que “el burgués ennoblecido” lo interrumpió para decirle que él llevaba cuarenta años hablando en prosa “sin saberlo”.

Ese curso no lo concluí por razones de la política de aquella época, pero en septiembre de 1956, de regreso al país, reencontré a Rosenblat en la cátedra de Introducción a la Filología, parte él de un cuerpo profesoral de excelencia: Picón Salas (Introducción a la Literatura), Luis Beltrán Guerrero (Introducción a la Historia), Granell (Introducción a la Filosofía) y así sucesivamente.

Las suyas fueron clases magistrales. Su cubículo quedaba en el segundo piso del edificio de Humanidades, y hasta allá iba uno cuando él devolvía los exámenes escritos y aprovechaba para dar consejos casi siempre valiosos y, en mi caso, inolvidables. Por esos días lo ayudaban en el Instituto María Teresa Rojas y Marco

¹ *50 imprescindibles*. Curador y comentarista Jesús Sanoja Hernández. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2002. p. 329 a 331.

Antonio Martínez. Las fichas para el futuro *Diccionario de venezolanismos* se acumulaban, tanto como crecía la admiración de sus discípulos, entre quienes figuraron Guillermo Sucre, Luciana De Stefano, Alicia Freilich, Rafael Cadenas, Amaya Llebot...

Aunque el fichero corrió peligro en uno de los allanamientos de los años sesenta, sobrevivió en manos de sus alumnos y colaboradores, especialmente María Josefina Tejera, quien en 1983 dio a conocer el primer tomo (de la A a la I), con estudio preliminar que suministra abundante información acerca de su elaboración. Tejera siguió así a la cabeza del proyecto.

De lento caminar, voz pausada y entonación pedagógica que acompañaba con las manos juntas, como en actitud de rezo, Rosenblat lo conduela a uno por esos caminos históricos y filológicos, también estilísticos, que él había recorrido guiado por Amado Alonso, Menéndez Pidal o Leo Spitzer. Guillermo Sucre recordó cierta vez una reseña suya sobre un libro de Spitzer en la *Revista de Filología Española*, 1934, en la cual se mostraba seducido por una frase del lingüista austríaco: “Es un placer ser filólogo (...) A la verdadera filología no le está mal cierta melancólica afición al juego, cierto don de jugar”. Sucre anotaba que para Rosenblat el lenguaje era *derroche*, idea que éste desarrolló en “El futuro de nuestra lengua”, pues si el lenguaje no fuese *derroche*, sino economía, el volapuk, el esperanto o el *basic english* serían “lenguas más perfectas que el griego de Platón, el inglés de Shakespeare o el español de Cervantes”.

En *El Nacional* Rosenblat fue publicando, a partir de 1953, sus *Buenas y malas palabras*, luego recogidas en dos tomos por Ediciones Edime, Caracas-Madrid, con el añadido de “en el castellano de Venezuela”. Rosenblat escogió epígrafe del Arcipreste de Hita, quien en *Libro de buen amor* había escrito: “Non ha mala palabras, si non es a mal tenida; verás que bien dicha es dicha, se bien fuese entendida”.

En el prólogo de *Buenas y malas palabras*, Picón Salas definió a Rosenblat con calificativos repetidos sin cesar por los admiradores de ambos: “Cenobita del Instituto de Filología” y “el Humboldt o el Explorador de las Palabras”. Que yo las transcriba hoy, cerrando esta nota, forma parte del rito.